

de toda Argumentación que persigue la adhesión del interlocutor” (p. 11). Por ser materia que me afecta directamente, quiero expresar mi admiración por la lucidez de esta formulación que recoge la génesis de lo que llamamos comunicación publicitaria. La encuentro digna de ser grabada en piedra.

En los 21 capítulos del libro, el profesor Lozano reseña y analiza, con el ascetismo usual en un maestro semiótico, la evolución de la persuasión (en su faceta de reverso: la asunción *por el otro* del punto de vista *del uno*), desde su fase arcaica –en que se utilizaba como simple intuición de quien se estimaba más hábil que su oponente y capaz, por tanto, de arrastrarle hasta sus tesis para lograr un fin práctico o por pura búsqueda de imposición intelectual– hasta el tiempo en que vivimos. Especialmente brillantes me parecieron los capítulos que dedica a Pascal (5º), a Charles Sanders (6º), a Ortega y Gasset (8º) –por el asombro que provoca su aporte a la cognición y desarrollo del pensamiento contemporáneo en aquella España de ignorancia y dogmatismos excluyentes–, y a Grize (13º). Éste último, titulado “Argumentación: explicación y seducción”, deberían memorizarlo y asimilarlo cuantos deseen dedicarse a las diversas ramas que gravitan en torno a la publicidad.

Pero el profesor Lozano no solo estudia, explica y analiza la Persuasión como evolución historicista en el sentido –iniciado por Benedetto Croce– de fundamentar la evolución en cualquier desarrollo humano a través de sus protagonistas y de los hechos mismos del acontecer histórico; que también. Ya solo por eso, el libro sería un manual de consulta y esclarecimiento imprescindible para expertos en comunicación y quienes aspiren a serlo. Pero el planteamiento es más ambicioso y abarca un terreno, el abstruso y debatido de la metodología, en el que el autor arriesga, con resultados a menudo excelentes, ideas y sugerencias propias con soltura, amenidad y hasta momentos divertidos. El profesor Lozano apunta y aporta, en su disección de los teóricos más *à la page* hasta hoy de la semántica, ideas que expone como relámpagos, cual si no quisiera restar el menor protagonismo a sus estudiosos o citados; pero que ahí quedan. Mérito propio de quien tiene acreditado ser internacionalmente un refe-

rente de la pragmática, dentro del amplio campo de la semiología.

Clara Muela Molina  
Universidad Rey Juan Carlos

## Los señores del poder

José Varela Ortega

Galaxia Gutember / Círculo de lectores

Barcelona, 2013

553 pp.

ISBN: 978-84-15472-34-6

“El éxito de la Transición reside en haber reconocido la legitimidad del régimen de Franco”. Hace algunos años, con la clara intención de provocar, comencé una de mis clases con esta afirmación. Una mujer, por lo demás una de esas alumnas que todo profesor querría tener, atenta, constante, inteligente, me interrumpió furiosa: “¿Cómo se puede decir tal cosa?”.

Siguiendo mis costumbres, dejé que por un momento la polémica encendiera los ánimos de la clase y, una vez aplacada, leí una frase archiconocida: “Como Rey de España, título que me confiere la tradición histórica, las Leyes Fundamentales y el mandato legítimo de los españoles, me honro en dirigiros el primer mensaje de la Corona...”. Don Juan Carlos, aquel 22 de noviembre de 1975, antes de proponer, con claridad y prudencia, “perfeccionamientos profundos” y llamar a realizarlos sobre “la voluntad manifiesta de todos” y la integración de las “distintas y deseables opiniones”, había dejado algo claro: “yo soy el heredero de Franco y lo que hagamos lo tenemos que hacer desde aquí”.

No se pretendía discutir si el régimen había sido violento o pacífico, arbitrario o justo, progresista o reaccionario, necesario o supérfluo, terrible, sanguinario, benéfico o perverso. Todo eso se dejaba a otros, a los historiadores, a los periodistas, a los intelectuales y, ¿por qué no?, a todos

los que lo habían vivido. Justo es reconocer que se le estaba pidiendo mucho más a los “derrotados” que a los “vencedores”, se les pedía mucho más a aquellos que se habían visto obligados a esconder sus heridas durante años, a todos aquellos que sentían que la guerra acababa de concluir, y mucho menos a los vencedores, a los que sentían lejana la guerra civil y habían comenzado a “reconciliarse”, como les gustaba insistir, en 1939.

Insisto, no se juzgaba al régimen; se afirmaba exclusivamente una cosa: el rechazo a una tradición política que en España se remontaba al insensato golpe de Estado de Primo de Rivera. En 1923, tras décadas de dificultoso perfeccionamiento del régimen liberal, un general, de cuya capacidad dudaba hasta su propio hijo, fue empujado por muchos y variados intereses a destruir la legitimidad. Después, y durante medio siglo, todos *nos* sentimos obligados y con derecho a experimentar con la sociedad española.

Entre un rey que arrojó el poder al barro y una caterva de políticos aficionados nació la Segunda República. El mayor *burguesón* que ha ocupado la presidencia del gobierno, un intelectual sin lectores, un provinciano de Madrid, amante de la buena vida, ignorante de la economía y puerilmente entusiasmado por lo francés, desconociendo por completo la realidad del país que se disponía a gobernar, se lanzó a hacer una revolución; en sus palabras, a reconstruir España desde los cimientos hasta el tejado. Como resultado, un experimento que había despertado el entusiasmo universal acabó en tragedia.

Entonces, el más conservador de los generales, el más piadoso de los conservadores, el más prudente de los sublevados; aquel general *sin ‘emes’* que, en su juventud, se había hecho famoso por subordinar todo a su carrera militar y vivir sin *miedo*, sin *misas* y sin *mujeres*, adornó sus farragosos discursos con una verborrea fascistoide y llamó a la construcción del Estado Nuevo, tachando de traidores a todos los que no le siguieron y, mientras lo propio sucedía en el otro bando, se desató la masacre.

Afortunadamente, treinta y nueve años después, los políticos que rodeaban a don Juan Carlos y los que le iban apoyar en breve, se acordaron de la sentencia canovista: “Un hom-

bre honrado sólo puede participar en una revolución, y eso porque no sabe lo que es”, y, lo fueran o no, actuaron como personas honradas. Sin experimentos, se dispusieron a hacer realidad lo posible. Así, el acuerdo y la prudencia políticos nos sacaron de un gravísimo atolladero.

Por mucho que no sea el tono adecuado para el análisis histórico, estas eran las ideas que me venían a la cabeza mientras leía, este verano, el brillantísimo ensayo de José Varela Ortega, *Los señores del poder*.

Comienza con la guerra de 1808 y, al tiempo, con Tucídides. Mientras, como volverá a hacer en repetidas ocasiones, reflexiona a partir de los clásicos, somete a crítica la leyenda de la *independencia*. Muchas y valiosas digresiones dan el tono de profundidad al libro. Hay comparaciones contemporáneas y otras que saltan las barreras del tiempo, se detiene en los clásicos grecolatinos y en los más recientes autores, en la tradición republicana francesa, en la Comuna, en la teoría política de Lenin y, por supuesto, en nuestra actualidad. Por ejemplo, establece una sustancial diferencia entre “el caciquismo, cuyo problema era la conculcación de la norma, y el clientelismo de nuestros días –mucho más caro–, donde lo es la naturaleza de la norma”. Al mismo tiempo, el oficio de historiador, que tanta veces ha probado Varela Ortega desde que publicó *Los amigos políticos*, evita que el análisis comparativo o la digresión le lleven, como a tantos otros, a conclusiones ligeras.

Ya en el primer capítulo, donde recuerda la *Guerra de la Independencia* como un “hecho glorioso y fatal” y desmonta el mito de la guerrilla, que, entre otras muchas cosas terribles, fue una escuela de indisciplina, una revolución social y una quiebra legal, plantea las dos gran líneas que dotan de coherencia a *Los señores del poder*: por un lado, las terribles consecuencias para la acción política de los mitos y las leyendas históricas, las lecturas consciente o inconscientemente erróneas, y, por otro, la injerencia permanente del ejército en las estructuras de un Estado dañado por una debilidad que surge de la misma guerra.

Escarmentados por el largo reinado de Isabel II y la experiencia del 68, los liberales, dirigidos por Antonio Cánovas,

ponen en marcha “la solución española”, que, con su éxito (superar la falta de alternancia y eliminar su corolario golpista) y sus límites, implicó una lenta pero progresiva democratización. No comprenderlo tuvo terribles consecuencias: el golpe de 1923.

Si el régimen había encajado con éxito el *Desastre*, la intelectualidad española en lugar de fortalecer la legitimidad se concentró en la cara más negra del caciquismo y, convencida de que cualquier cambio sería para bien, interpretó “las disfunciones del sistema como síntomas de *degeneración* ... en lugar de consecuencias de su progreso y modernización”. Al tiempo, el hecho africano, en el que entramos arrastrando los pies, creó una casta de guerreros, dispuestos a volver a intervenir y, por último, el rey, dominado por ilusiones regeneracionistas y pesimismos noventaiochistas, renunció a su misión. Por mucho que tenga razón Varela Ortega cuando afirma que, a esas alturas, no era inevitable la catástrofe, ésta se anuncia ya, dramática, en boca de don Antonio Maura.

Establecido esto, *Los señores del poder* desarrolla la relación entre la Segunda República y la democracia, cuyo análisis conduce a la grandeza de la Transición, pese a las relecturas recientes, pretendidamente profundas unas, altamente sectarias las más. Frente al éxito de la Monarquía restaurada, lo que Carlos Dardé llamó *La aceptación del adversario*, “los republicanos del 31 crearán, por el contrario, que *habían fracasado sobre todo ciertos método* de pacto y conciliación”, partirán de premisas que no resistieron la prueba empírica del tiempo y se dejarán engañar sobre su fortaleza al observar los primeros resultados electorales, más fruto de la desorganización de los conservadores que de su debilidad. Por una parte pecan de ignorancia y, por otra, de sectarismo. No cabe ignorar la calidad intelectual de Manuel Azaña, pero tampoco sus graves carencias para el ejercicio de la política. Se trata de una falta de cualificación: “Los políticos republicanos – escribe el profesor Varela – eran urbanitas. Ignorantes de la realidad económica y de la enorme y compleja variedad profesional y social del mundo agrario tradicional”, creyeron que agrariamente toda España era como Andalucía, “se inclinaron a reducir datos y hechos para adoptarlos con calzador a un esquema teórico” y, además, mantuvie-

ron una política proteccionista que favoreció a los grandes terratenientes sin comprender las enseñanzas de los profesionales de la economía. Se trata también de una interpretación ideológica de la historia de España. Al igual que Franco tuvo su leyenda (la herencia antiespañola del siglo XVIII y la traición del 98), la izquierda republicana tuvo la suya (la grandeza del municipalismo medievalista, “una historia de libertad interrumpida en la batalla de Villalar, los burgos podridos monárquicos y la imbatibilidad del pueblo”), y las leyendas históricas son políticamente demoleadoras.

Ignorancia, y sectarismo: confundieron al régimen con el partido, convirtieron a los opositores en enemigos y, sarcásticamente, sin la menor mano izquierda, provocaron el rechazo de una derecha poco dispuesta al juego democrático e, incluso, de muchos de los que abrían apoyado las reformas.

Cuando perdió las segundas elecciones, la izquierda se mostró incapaz para la paciencia y la moderación y, contra el parecer del más sereno de los marxistas españoles, Besteiro, se sublevó. Dos años después, de otros se apoderó la percepción del hundimiento del régimen y, en consecuencia, pensaron que a cambio de tener orden se podían sacrificar otras muchas cosas. Tampoco quisieron esperar ni a las posibilidades que les brindasen las elecciones futuras ni a la más que probable fractura de la coalición frente populista. Dicho esto, Varela Ortega no cae en un error muy extendido y advierte: “el propósito de justificar el *movimiento* del 36 con el retrovisor del 34, anclándose al primitivo argumento del *anda que tú*, es un salto lógico hacia un precipicio moralista que cae fuera del discurso histórico profesional”.

Un pronunciamiento chapucero y un gobierno, que más superado que sorprendido, se empeña en “armar al pueblo”, nos conducen a la guerra. Ambos bandos alimentan el mito de los voluntarios, cuando la mayoría de los combatientes fueron obligados a alistarse, y se dan a la violencia extrema: “los innumerables crímenes en ambas retaguardias, la profundidad e intensidad de la represión de ambos bandos, el odio y el desprecio al contrario como un ser perverso, una criatura poco menos que desprovista de su condición humana, sugieren una voluntad de erra-

dicar, si no tanto como una parte determinada de la población, desde luego una forma de entender España, con sus ideas e instituciones, organizaciones sociales y políticas, culturales y académicas”.

La obra concluye en dos direcciones. Por un lado, un análisis de la Transición y, por otro, una reflexión sobre los riesgos del mito, la leyenda y la memoria.

La Transición fue obra de “antiguos rojos escarmentados y viejos franquistas arrepentidos” de una triste victoria decididos a amnistiarse mutuamente. Articulaban jurídicamente lo que ya estaba en la calle, sin rupturas *–de la ley a la ley–* y convencidos de que la democratización no era un ajuste de cuentas ni un olvido: “se amnistía precisamente porque se recuerda”.

Todo lo contrario parece haber dominado al mundo político español en la última década. Se ha ignorado lo que *Los señores del poder* deja clarísimo: si el ejercicio sereno y concienzudo del oficio de historiador es garantía de la libertad, son inmensos los riesgos de jugar con la leyenda, de crear memoria, “partidista, conflictiva y, por lo tanto, incapaz de componer una buena imagen del pasado”. Error de la izquierda, que desde “un complejo patológico de superioridad moral racionalista” hacia la derecha, curiosamente, ha fracturado profundamente al PSOE, pero responsabilidad compartida. No podemos olvidar, y es solo un ejemplo, el caso de ese mediático historiador aficionado que desde su condición de converso al conservadurismo comienza uno de sus libros afirmando que lo importante es establecer quién comenzó la guerra. Podemos concluir como Varela Ortega. Parecemos empeñados en rechazar “que en el dolor se hiciesen los mortales señores de la sabiduría”.

Un gran libro. Sin perder rigor, supera los estrechos límites del gremio de profesionales y convierte a su autor en maestro. Los que lo hemos leído volveremos sobre él en repetidas ocasiones.

Francisco Javier Gómez Díez  
Universidad Francisco de Victoria

## Fórmulas para la innovación en la docencia universitaria

---

Beatriz Peña Acuña (Coord.)

Visión Libros

Madrid, 2014

496 pp.

ISBN: 9788415965930

Recientemente ha aparecido en el panorama académico un libro acerca del tema de las nuevas metodologías en el panorama del EESS titulado *Fórmulas para la innovación en la docencia universitaria* de la editorial Vision libros. Recomendamos la lectura de este volumen para aquellos docentes que quieren aplicar metodologías innovadoras dentro del panorama que impone el EESS.

Los ensayistas son un grupo de profesores e investigadores universitarios pertenecientes a las Ciencias Sociales, las Humanidades y las Ciencias que presentan de modo práctico sus experiencias docentes en el aula. Todos son profesores de diversas universidades, tanto nacionales como internacionales, todos interesados en adoptar nuevas tecnologías y metodologías con el fin de que la enseñanza universitaria sea realmente participativa. Las características prácticas de los capítulos enfocados a la docencia y a nuevas metodologías hacen que este texto sea útil y adecuado para otros docentes universitarios.

Beatriz Peña Acuña, coordinadora de este ejemplar, cuenta con una formación interdisciplinar en Letras y Comunicación y es Premio extraordinario de doctorado. Cuenta con un recorrido investigador en universidades como New York University, University of East Anglia en Norwich o Queen Mary College, University of London, que ha plasmado en publicaciones editadas en revistas científicas y libros. Es investigadora principal del grupo de investigación interdisciplinar “Desarrollo personal”. Asimismo es profesora honoraria de la Universidad de la Academia Internacional de Humanidades y Ciencias So-